

TESTIMONIO DE UNA DISCIPULA Y COLEGA

Amelia Agostini de Del Río

Don Tomás se durmió una noche y no despertó. Así se realizó su deseo. Pasó silenciosamente del sueño de la vida al sueño de la eternidad. Y ahora reposa en la Nueva Inglaterra, en el estado de Massachusetts, en uno de tantos cementerios norteamericanos que tienen la placidez del jardín alegre y no recuerdan tanto a la muerte como nuestros camposantos. Lejos de la Mancha, a cuya luz abrió los ojos por vez primera, pero en el corazón de esta América acogedora.

Como don Quijote anduvo los caminos del Bien. Como don Quijote, hidalgo de tesón. Y como don Quijote, tuvo su Dulcinea, la lengua española, a la que amó apasionada y constantemente, y a la que sirvió con lealtad de enamorado y cultivó y explicó con esmero. Hace unas noches leí en la página 43 de **Años inolvidables (The Best Times, 1966)** de John Dos Passos: "Nada más llegar a Madrid empecé un curso magnífico sobre el idioma español con Tomás Navarro Tomás en el Centro de Estudios Históricos". Algunos años después que Dos Passos, asistí en aquel Centro, de feliz memoria, a cursos con don Tomás. Aún le veo de pie, bien plantado, a la cabecera de una larga mesa a la que nos sentábamos sus estudiantes durante el año académico 1922-1923. Imponía por su gesto reposado de gran señor—lo que era—y por la palabra grave, sabia, sencilla y de agradable timbre con que exponía materias a veces áridas. La amenidad—cosa rara en muchos catedráticos—hacía transcurrir el tiempo sin consultar el reloj. Impecables como su traje, eran su voz y su cortesía.

El 19 de junio de 1971 publiqué en **El Imparcial** de San Juan de Puerto Rico un artículo que titulé "Claro varón: don Tomás Navarro Tomás". De este artículo cito un párrafo:

Creo que si tuviera que limitarme a dos palabras para describir su manera, diría sobriedad y naturalidad; para describir su físico diría prestancia y dignidad; para describir su carácter, llaneza y cordialidad humana. Se podría decir de don Tomás lo que escribió Hernando del Pulgar sobre el Marqués de Santillana en sus **Claros varones de Castilla**: 'Era hombre agudo y discreto y de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban ni en las pequeñas le placía entender (ni a las pequeñas daba importancia). En la continencia de su persona e en el razonar de su fabla mos-

traba ser hombre generoso e magnánimo. Fablaba muy bien y nunca le oían decir palabra que no fuese de notar, quier (ya fuera) para doctrina quier para placer. Era cortés e honrador de todos los que a él venían' ”.

Mas no es sólo Hernando del Pulgar el que al retratar al Marqués de Santillana parece describir a don Tomás. Es este mismo quien traza su retrato al hablar de su maestro don Ramón Menéndez Pidal: “Sería difícil señalar en la España contemporánea otro hombre de obra tan fecunda ni de vida tan lograda, ni tampoco de mayor urbanidad y pulcritud en sus costumbres y maneras”.

Más que los valores intelectuales he admirado siempre los valores morales. Por ello exalto la integridad de mi noble maestro. Si la misión de la Universidad debe ser—según creía León Felipe—“más que crear hombres doctos en una disciplina crear hombres íntegros”, en don Tomás se cumplieron los dos propósitos. Por ello sacrificó su bienestar, honores y el vivir en la patria, a unos principios que le mantuvieron en el destierro hasta su muerte. Notable era la relación que mantenía con los otros seres humanos a quienes ayudaba con afecto, contestaba con prontitud sus cartas y aconsejaba con tino cuando se le pedía consejo. Ejemplar fue su conducta en la adversidad con los que, como él, padecieron el exilio.

Hombre sereno fue don Tomás ante los aconteceres que le quitaron el hogar en Madrid y le impidieron disfrutar de la patria.

Por fortuna conservó en la conversación (y en la correspondencia) una gracia especial. No la gracia andaluza que es el gesto y la entonación; ni la gallega que es concepto. La suya era muy personal; ¿manchega? No lo sé.

Recuerdo que cuando cumplió 90 años le mandé unas décimas jíbaras que rezumaban ripios y cariño. Pero al año siguiente se me olvidé la fecha y no hubo ni champagne ni versos. Se me quejó con donaire y sorna en una carta que conservo.

Tenía buen humor, como veremos en lo que le ocurrió cuando explicaba en la Universidad de Puerto Rico. Usaba don Tomás un paladar postizo que empolvaba para que los alumnos viesan dónde se aplicaba la lengua al pronunciar las consonantes palatales. Al quitarse el paladar el primer día para mostrarlo a la clase una muchacha de la primera fila exclamó con ingenuidad: “¡Ay, qué mono!” Don Tomás continuó impertérrito, pero luego comentaba: “Fue la primera y única vez que me llamaron mono”.

En otra ocasión fue una estudiante de Barnard College a preguntarle si aceptaría una invitación para ir a recitar poesías al “dormitorio de señoritas”, a lo que contestó muy serio: “¿Quién

no iría a recitar poesías al dormitorio de señoritas?” La chica se sorprendió de que los maestros que estaban con don Tomás se rieran. “¿Por qué se rieron, señora?” Porque dormitorio es **bedroom** y tú querías decir Residencia”.

La última vez que vi a don Tomás fue un fin de semana, 1969, que pasé con él y su familia en Northampton. Me parece ver aún aquella casa soleada y clara, de relucientes pisos encerados que parecían espejos y con un jardín de muy cuidado césped. Don Tomás se enorgullecía de ser él el que manejaba la máquina de encerar y dar lustre y la de cortar la yerba. Eran buenos ejercicios para sus piernas, ya algo torpes. No podía estar sentado más de una hora por lo cual los paseos en auto por las sombrías carreteras eran breves. En cambio la cabeza le funcionaba a las mil maravillas y aún escribía y publicaba.

Al despedirme le prometí volver, pero la enfermedad y la muerte de mi hijo me lo impidieron. Tenía noticias suyas; últimamente por medio de su hija Joaquina. Me acordé de su último cumpleaños y le mandé una planta y unas flores, por lo que dijo: “Sin salir de casa paseo por un jardín”. No podían faltar mis décimas con más cariño que ripios y abundaban éstos.

Que mi marido no le expresara (aunque lo demostraba) su gran afecto, no es de extrañar porque el hombre y sobre todo el castellano, es parco y tiene cierto pudor en mostrar su ternura.

Pero que yo, tropical, que hablo a veces de más, no le dijera cuánto le quería es sorprendente. Le vi los ojos humedecidos. Los míos estaban a punto de llorar. Y me salía del corazón decirle cuánto tenía que agradecerle el regalo de su amistad y cuán profundo era mi cariño de tantos años pero callé, temerosa de que fuera a creer que yo juzgaba esa ocasión nuestro último encuentro en esta tierra. El consuelo es que Angel y yo les acompañamos a menudo, a él y a Dolores, durante los años que suspiró por España.